

Haced saber esto a Santiago y a los hermanos ; y partiendo de allí se retiró a otra parte».

Había sonado, decididamente, la hora de Dios para el mundo pagano.

San Pedro y los demás Apóstoles salen de Palestina y se esparcen por las naciones a llevar el Evangelio a los que estaban sentados en las sombras de la muerte, a los gentiles... También ellos eran hijos de Dios, y debían salvarse. Más aún: después de la apostasía y desheredación de Israel, entraban ellos en la posesión del reino.

ROMA

San Pedro llegó a la capital del mundo del año 41 al 54. San Pablo estuvo dos veces en ella en calidad de preso, aunque con prisión mitigada ; primero del 60 al 62 y, después, del 66 al 67, en que se efectuó su martirio.

La labor de ambos Apóstoles en Roma fué extraordinaria y de máximos resultados.

Empezó apoyándose, como en todas partes, en los núcleos judíos de las colonias, pero pronto se desbordó a los gentiles.

Las nuevas doctrinas cautivaron tan poderosamente las inteligencias y corazones del mundo pagano, que las conversiones se sucedieron a porfía. Los neófitos eran mayormente de la plebe, pero no faltaron gentes acomodadas que dieran su nombre a la nueva religión ; entre ellos se encuentran varias nobles matronas, que fueron sus más eficaces ayudas. Los nombres de éstas los recuerda cariñosamente la Historia, en particular los de Prisca, esposa de Pudente, príncipe del Senado, y sus dos hijas, Pudenciana y Práxedes. Estas dos últimas, después de la muerte de sus padres, renunciaron al matrimonio y, vendiendo sus haciendas, que eran cuantiosas,

pusieron todos sus bienes a disposición del jefe de la Iglesia, para la propagación de la fe y al servicio de la misma. Hasta su casa o palacio, llamado con nombre griego *Basilica*, la cedieron para que sirviera como punto de reunión de los nuevos convertidos. Fué el primer cenáculo cristiano en Roma; en él se congregaban los fieles para oír la divina palabra de labios del Príncipe de los Apóstoles, para recibir el bautismo, celebrar los misterios divinos de la Eucaristía y también para recibir el alimento del cuerpo.



SAN PEDRO Y SAN PABLO. — Medallón de bronce del siglo II al III.
Roma, Vaticano

La fe iba propagándose rápidamente y conquistando triunfalmente a Roma...

¿Duraría mucho tiempo la bonanza? Cristo había profetizado persecuciones, y éstas se presentaron pronto, sinietras y aterradoras.

Asistamos a esta página de la historia del Cristianismo empapada en sangre, pero también rebosante de grandezas y sublimidades de heroísmo.

LAS PERSECUCIONES

Diez contó San Agustín, correspondientes casi al número de emperadores romanos en los tres primeros siglos hasta Constantino el Grande. Fueron: La de *Nerón*, del 54 al 68; la de *Domiciano*, 81 al 96; *Traiano*, 98 al 117; *Marco Aurelio*, 161 al 180; *Septimio Severo*, 193 al 211; *Maximino Tracicio*, 235 al 238; *Decio*, 249 al 251; *Valeriano*, 253 al 260; *Aureliano*, 270 al 275, y *Diocleciano*, 284 al 305.

Expongamos brevemente lo más notable de ellas.

La primera fué llevada al cabo por Nerón.

El 19 de junio del 64 estalló un incendio devorador en Roma, que destruyó por completo diez de las catorce regiones de la ciudad. Todos señalaban al Emperador mismo como causante de la catástrofe. Había querido hacer desaparecer los barrios feos de la ciudad y construir una nueva. Durante seis días estuvo cebándose en los edificios el terrible azote, ante cuyo espectáculo el Emperador se recreaba contemplando, desde la torre de un palacio distante, aquella imagen admirable de la ruina de Troya.

Para apartar de sí la persistente sospecha que le hacía causante de tanta devastación, declaró culpables a los cristianos. Apresó «a una gran multitud de ellos», en testimonio del mismo historiador pagano Tácito, y la sujetó a los más exquisitos tormentos. A unos, envueltos en materias inflamables, mandó quemarlos vivos en sus mismos jardines, para que sus cuerpos alumbraran la noche como antorchas; otros fueron arrojados al anfiteatro vestidos de pieles de animales y en las figuras más grotescas, para que fueran desgarrados por las fieras...

Días aciagos y de sangre.

Cuenta la tradición que San Pedro, lleno de pánico, se

disponía a huir de la Ciudad Eterna, pero, al salir de ella, se le apareció el mismo Cristo con la cruz a cuestas. ¿A dónde vas, Señor?, le dijo el Apóstol. A Roma, a ser otra vez crucificado. Pedro reconoció el aviso del Salvador y permaneció en su sitio hasta la muerte.

Esta se efectuó pronto.

Según la misma tradición, murió crucificado con la cabeza hacia abajo, en reverencia a la muerte del Salvador. El Apóstol de las gentes fué otra víctima de la gran persecución. Murió decapitado, probablemente el 29 de junio del año 67.

En la *segunda* persecución, la de Domiciano, padeció el martirio, entre otros, Flavio Clemente, primo del Emperador, y su esposa Flavia Domitila. Durante ella fué desterrado también a la isla de Patmos el Apóstol San Juan, después de haber sido sumergido en una paila de aceite hirviendo.

En la *tercera*, la de Trajano, el gran obispo de Antioquía, San Ignacio, devorado por los leones; en la *cuarta*, San Policarpo, el insigne obispo de Esmirna; en la de *Septimio Severo*, Santas Perpetua y Felicitas y San Leónidas, padre del gran Orígenes.

La de *Decio* fué memorable especialmente para España: En ella brillaron por su fortaleza invicta San Facundo y San Primitivo, en Galicia; los Santos Marcelo y Nona, con sus tres hijos Lupercio, Claudio y Victoria, en León; San Acisclo y Victoria, en Córdoba; San Fermín, obispo de Pamplona, martirizado en Francia; San Emeterio y Celedonio, en Calahorra; Santa Marta, en Astorga; las Santas Justa y Rufina, en Sevilla, y San Luciano y Marciano.

En la de *Valeriano* fueron martirizados los papas San Esteban y Calixto; San Cipriano y San Fructuoso, obispo de Tarragona, con sus dos diáconos Eulogio y Augurio; la llamada Masa Cándida de Utica, o sea 143 cristianos que

mados en cal viva, y, sobre todo, el gran atleta de la fe, San Lorenzo de Huesca.

La persecución de Diocleciano fué la última de todas y la más sangrienta. Entre sus mártires se encuentran los gloriosos nombres de Santas Inés y Anastasia, en Roma; de los cuatro santos coronados en Panonia; Santa Lucía, en Siracusa; San Jenaro, en Benevento; Nabor y Félix, en Milán; Catalina, en Alejandría, y San Blas, en Sebaste de Armenia.

España fué también prolífica en mártires en esta persecución bajo la tiranía del feroz prefecto Daciano. Padecieron, entre otros, los Santos: Eulalia, Severo obispo, Cucufate y Félix, en Barcelona; Poncio y Narciso, obispos, y los diáconos Víctor y Félix, en Gerona; Engracia y los Innumerables, en Zaragoza; San Valero y Vicente, diácono, en Valencia; Justo y Pastor, en Alcalá; Leocadia, en Toledo; Eulalia, Julia y otros veintiocho, en Mérida; Zoilo, con otros diecinueve, en Córdoba; Ciriaco y Paula, en Málaga; Vicente, Sabina y Cristeta, en Avila; Verísimo, Máximo y Julio, en Lisboa, y San Víctor, en Braga.

EL NUMERO DE LOS MARTIRES

¿Cuántas fueron las víctimas de la fe en las persecuciones romanas?

Imposible señalarlas con exactitud.

El historiador Tácito habla, refiriéndose a los muertos por Nerón, como ya dijimos, de una «*ingente muchedumbre*». Plinio, el Joven, escribe al Emperador, alarmado por tanta muerte, pues casi toda su provincia era cristiana. Los autores cristianos hablan también de números muy elevados: San Clemente Romano menciona «la magna multitud de elegidos»; San Cipriano llama a las víctimas de la persecución de Decio «el innumerable pueblo de mártires». Eusebio se refiere a «una gran multitud de mártires en Nicomedia

e innumerables en Egipto». En esta última región sabemos que morían diariamente treinta, sesenta y hasta cien cristianos, y que se daban, a veces, ejecuciones en masa. De los tiempos de Diocleciano, y en España solamente, se mencionan «los Innumerables mártires de Zaragoza» y «las santas masas».

En resumen: No podemos determinar el número exacto de los mártires de la fe en los primeros siglos, pero creemos no sería injustificada la cifra de muchos miles y aun quizá millones.

CRUELDAD DE LOS TORMENTOS

¿Y qué decir de los suplicios?

Las formas de los martirios fueron siempre espantosas y aun muchas veces macabras. Ya vimos que Nerón arrojó la ingente muchedumbre al anfiteatro para que fuera descuartizada por las fieras; a otros los quemó vivos en sus propios jardines. Clemente Romano, refiriéndose a esta misma persecución, habla, además, de Dirces y Danaides, esto es, de mujeres cristianas a quienes quitaron la vida en las juegos públicos imitando los suplicios de aquellos personajes mitológicos.

En las últimas persecuciones se extremó más aún, si cabe, la crueldad.

Muchos de los mártires eran crucificados y abandonados en las cruces, sin morir, días enteros. Otros eran sofocados o colgados en varias formas, con pesos y desnudos. Innumerables perecieron desgarrados en las ruedas con uñas acerdadas y a veces rusientes; con tenazas y peines de hierro; otros azotados con instrumentos diversos hasta desnudarles los huesos y las entrañas. Muchos fueron quemados en hogueras, en toros de bronce, en aceite hirviendo o pez derretida, o en parrillas, como San Lorenzo; echándoles aceite o metal derretido por la boca o envolviéndolos en una túnica

empapada en aceite, a la que prendían fuego. No pocos fueron decapitados, mutilados, heridos con lanzas o saetas, como San Sebastián. A otros abrieron el vientre para poner en ellos comida a los cerdos. No pocos, finalmente, fueron condenados a trabajos forzados de minas u obras públicas, junto con mutilación y hambre.

En fin: se usaron todas las torturas y suplicios más refinados que pudo inventar la crueldad humana y el deseo diabólico de hacerles apostatar de su fe.

Por desgracia no todos tuvieron valor para soportar tan atroces suplicios, y desfallecieron: algunos sacrificaron a los ídolos; otros incensaron las estatuas del Emperador; otros se hicieron inscribir en las listas de los paganos o lograron una cédula en que se hacía constar haber sacrificado. Hubo, incluso, obispos apóstatas, como los españoles Marcial y Basíldes¹.

HEROISMO SOBRENATURAL

Parémonos ya a reflexionar unos momentos.

¿Qué impresión te ha producido, caro lector, lo que llevamos dicho?

Desde el punto de vista de la razón humana, no cabe duda que la saña del Imperio romano contra el cristianismo es inexplicable.

Roma admitía todos los cultos y religiones del mundo. Es un hecho reconocido por la Historia que así como fomentó la convivencia de todos los ciudadanos y súbditos del Imperio, así procuró también el abrazo de todos los dioses y cultos de las provincias. Desde el Irak hasta Cádiz y desde las fuentes del Nilo hasta el Rhin y el Oder, se volcaron en la capital del mundo, primero clandestinamente y después sin rebozo alguno, los misterios y supersticiones de Persia, de Babilonia, Frigia, Egipto, Africa, Las Galias y Germania. Incluso

¹ Cfr. Marx, *Compendio de Historia de la Iglesia*, p. 45 s.

podemos decir que algunos de ellos, como los de Mitra y el mazdeísmo persa, Isis, Osiris y Serapis, Atis y Horus, dioses egipcios, llegaron a ser los preferidos de la gente elegante... Ni siquiera los judíos habían sido molestados por su religión...

Pero he aquí que llega el cristianismo y no goza de un momento de tregua.

Los cristianos, gente, por otra parte, la más honrada, la más pacífica y la mejor del Imperio, son objeto, ya desde sus comienzos, de calumnias y aversión la más profunda, de odios sin segundo, de crueldad refinada. Y esto no de parte de un Emperador u otro, de un Prefecto o de dos de provincias, ni en un lapso de tiempo reducido, sino por casi todos los emperadores desde Nerón hasta Diocleciano, y por espacio de tres siglos ininterrumpidamente...

La filosofía de la historia, repetimos, no sabe explicarse este fenómeno.

Solamente encontramos una solución: el cumplimiento de la profecía de Cristo: «Si a Mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán», y «las puertas del infierno no prevalecerán contra ella».

La acción del maligno y la Providencia divina; he ahí la clave del enigma.

Luzbel, que desató su furia contra la obra de Cristo que venía a conquistar el mundo y movió para ello los odios y el virus de todo el paganismo, que era su feudo y heredad... y la *Providencia de Dios*, que permitió la hecatombe para santificar a los suyos, para regar con sangre su heredad, para purificar a su Iglesia y enaltecerla con la preseña de los merecimientos y dejar en el mundo un argumento irrefutable de su divinidad.

Ciertamente, dice un autor: «Para sentir esta verdad, basta ver leones y tigres hambrientos devorando aun la co-

mida ordinaria con que se les ceba en los parques. San Ignacio mártir me impresionaba hondamente con sólo leer su bella carta a los romanos, pero al ver las fieras en el parque de Roma engullendo a rasgaduras los trozos enormes de carne, me hice más cargo de lo sublimemente divino del temple de alma de quien así ansió ser hecho harina de sacrificio entre los colmillos de tales fieras sólo por intereses de mero orden espiritual... En la alternativa de caer en esas mandíbulas y esos colmillos y esas garras de hierro y un sencillo «reniego de mi fe» que brote de la pobre libertad humana para verse libre del trance tan horrible que le espera al mártir, ¿qué escoger? Sin una especial gracia de Dios, tratándose de casi todos, es evidente psicológicamente la respuesta.»¹

Así se ha creído, además, siempre en la Iglesia, desde los tiempos primitivos.

El filósofo Justino, después mártir invicto de la fe, a esa idea debió precisamente su conversión.

«Solamente ayudado por Dios, afirma él mismo, puede uno dejarse matar».

«¿Qué dice tu corazón a esto?, prosigue. No lo envuelvas ni enredas en sofismas y prejuicios. Déjale sentir y hablar a él. El corazón es el que mejor entiende el valor de las pruebas psicológicas y del orden moral. El sabe su esfera, su poder y su debilidad...»

Tenía razón el apologista.

Imposible que un número tan extraordinario de hombres y de mujeres, de niños y de ancianos, durante tres siglos consecutivos pudieran sufrir tantos y tan bárbaros suplicios de ecúleos y de garfios, de anfiteatros y de fieras, sin des-

¹ Cfr. Zameza, *La Roma pagana y el Cristianismo*, n. 500.

fallecer un punto, y ello sin ira y fanatismo, sin provocaciones ni majezas, sino, por el contrario, llenos de humildad inalterable, con plena desconfianza de sí, invocando a Dios y mirando al cielo y perdonando a sus verdugos y aun orando por ellos, como San Esteban y los mártires del circo Máximo.

Eso, dígase lo que se quiera, es un verdadero milagro en el orden moral.

Está evidentemente fuera de la psicología humana y lleva el sello de Dios: el hombre es incapaz de tanto heroísmo.

TESTIGOS IRRECUSABLES

Un segundo valor tiene el martirio, y es que constituye el testimonio más grandioso de la verdad de la religión cristiana y de sus dogmas. Eso es, precisamente, lo que quiere decir el vocablo: Testigo, confesor, testificador de Cristo, hasta con el derramamiento de su sangre y pérdida de la vida. ¿Quién no ve por sí mismo la fuerza imponderable del testimonio? El que muere por una verdad está convencido de ella sin duda alguna. Así lo confiesa el mismo Rousseau: «Creo en testigos, dice, que dan la vida por lo que afirman».

Puede, pues, el cristiano estar seguro de su fe. Cristo, su fundador, murió por dar testimonio de la verdad. Pedro, y Pablo, y Juan, y los demás Apóstoles, todos murieron por la misma. Ellos, testigos oculares de la doctrina y de las obras de Cristo, de sus milagros, resurrección y divinidad, estaban tan convencidos, tan ciertos de su verdad, que no dudaron en dar su vida por ella.

Más aún:

No solamente derramaron su sangre por lo que afirmaban haber visto y oído, sino que no podían dejar de hacerlo, y ellos mismos, testigos inmediatos, inculcaron tan hondamente su propia convicción y certeza a sus oyentes y discípulos en incontable número, que también éstos, aun sin haber sido testigos de los hechos, quedaron en la misma convicción

y certeza que ellos y en disposición de ofrendar el sacrificio de su sangre y de sus vidas por lo mismo; y esto, no uno ni ciento, sino millones...

Podemos decirlo con orgullo.

¿Qué hecho, qué doctrina ha existido jamás en la historia de los hombres que haya sido suscrita por tantas y tan solventes firmas y aun rubricadas con sangre tan generosa y abundante, como los dogmas de nuestra fe? Estamos seguros. No se trata de fanatismos esporádicos ni de inocente credulidad y candidez: se trata de lo más serio y sagrado del mundo.

Si nos equivocamos, es la misma razón, el sentido común, la virtud heroica y aun el mismo Dios, los que se engañan.

CONCLUSION

Terminemos con un acta de martirio, la de Santa Inés.

Inés es una niña de la nobleza romana, que no cuenta más que trece años.

Es el 305.

Ha consagrado su virginidad a Cristo y rechaza el casamiento con un joven patricio, el hijo del Prefecto de Roma, Sinfronio. El pretendiente, irritado, la delata como cristiana, y es conducida al templo de los ídolos. El perseguidor se des- hace en halagos, queriéndola reducir y arrastrarla a la apostasía; pero la virgen permanece inasequible a sus asechanzas. «Esperar que me vais a convencer sería hacer una injuria a mi divino esposo. El fué el primero que me escogió y El recibirá mi fe. Verdugo, ¿por qué tardas? Perezca este cuerpo que puede ser amado por los ojos de la carne».

El juez, decepcionado, acude a las amenazas.

Le habla del tormento del fuego, de los garfios; mas ella no se inmuta. La hace pasar por la tortura y, como canta el inmortal poeta cristiano Prudencio «de pie y sin temblar,

ofrece espontáneamente su delicado cuerpo a la horrible carnicería».

Le anuncia después otro tormento más insufrible aún para una joven tan casta, el de la pérdida del pudor. La virgen contesta, sin vacilar: «Haz lo que quieras, pero te prevengo que Cristo no se olvida de los suyos; está con los que aman la pureza, y no permitirá que sea profanado el tesoro de su santa integridad. Hundirás el hierro impío en mi pecho, pero no mancharás mis miembros con el pecado...»

Por fin es condenada a morir por la espada, y va a ejecutarse la sentencia.

El espectáculo es sublime, y dice San Ambrosio, describiéndolo: «No va tan aprisa la mujer recién casada a tomar posesión del tálamo nupcial como esta virgen al lugar del suplicio. Vedla acelerando el paso y llena de gozo por el feliz resultado que le espera. Todos lloran por ella, y ella es la única que sonríe. No se puede explicar cómo prodiga ella con tanta facilidad, como si hubiera vivido largos años, una vida que apenas ha comenzado.

Es el momento supremo y diríase que se han cambiado los papeles: el verdugo parece que se ha convertido en la víctima, según tiembla su brazo al dar el golpe. Hiere, al fin, y todos palidecen y tiemblan...»

Hagamos ya punto final.

Confiesa, querido lector, que la escena es patética y sublime.

Una joven de trece años que se comporta y aun se expresa en las circunstancias más tremendas de su vida y ante la perspectiva de horrendos suplicios con tanta grandeza y superioridad de espíritu, con tanta calma y majestad, sabiduría y gracia que arrebatan, no puede ser, en modo alguno, afecto natural de la inconsciencia. Tampoco el fanatismo puede inspirar un lenguaje y una serenidad semejante. ¿Podrá jamás la pobre naturaleza humana, tan débil en el hombre

y tan tímida en la joven, obrar por sí tales prodigios? ¿No se percibe aquí el aroma de la gracia exhalándose, embriagador, de un ser terreno? ¿No se ve a Dios Altísimo, Omnipotente, comunicándose a una criatura, reflejándose en ella, elevándola sobre sí misma y manifestándose en ella y por ella en todo el esplendor y omnipotencia de su gracia?...

Pues eso es el martirio. «Me seréis testigos en Jerusalén, y en Samaria, y hasta lo último de la tierra». «Yo os daré sabiduría y valor a que no podrán resistir todos vuestros adversarios».

JESUS PROFETA (IV)

(La tragedia del odio)

SUMARIO: La rebelión protestante: Lutero y Enrique VIII. - Apostasia de la mitad de Europa. - Sus causas. - Acción de la Divina Providencia. - Los grandes sabios y santos de los siglos XVI y XVII en los países católicos. - Nuevas conquistas entre paganos. - Las Indias y América. - Conclusión

Dejamos a la Iglesia, en el capítulo anterior, en el gozo del triunfo.

Había pasado tres siglos de sangre y de catacumba, pero, al fin, triunfaba en Constantino y subía al Capitolio.

Se sucedieron nuevas tempestades.

Las herejías y la invasión de los bárbaros.

En esta última quedó hecha jirones la púrpura imperial. El caballo de Atila, que «donde quiera que pisaba no dejaba nacer la yerba», había pasado sobre Roma y el trono de sus Césares... Pero, al fin, triunfó también.

El suevo, el godo y el vándalo, el alano y el sicambro, depusieron su fiera y se le humillaron y recibieron su bautismo. Nació con esto un nuevo mundo: la Edad Media, de sangre renovada, más pura y generosa: una de las épocas más grandes de la Historia: la edad caballeresca y de altos ideales, de valor heroico y candor de niños; la edad de las Cruzadas y de nuestra Reconquista; la edad de las Partidas y de las Cántigas del rey sabio; de las góticas catedrales, aspiración del alma a lo infinito; la edad de San Fernando,



«¡Señor, dadme almas!»

San Francisco Javier ante las costas de China

de Dante, de San Francisco de Asís y de Santo Domingo de Guzmán, de San Luis y de Ramón Lulio...

Y advino el siglo XVI, siglo grande, sin duda; término de la Edad Media y brillante alborar de la Moderna: el siglo de la invención de la imprenta, del descubrimiento del Nuevo Mundo y también de... la rebelión protestante.

Detengámonos en este triste acontecimiento, pues constituye una de las tormentas más aciagas que contra la Iglesia de Dios se han levantado.

LUTERO

Era el 31 de octubre de 1517.

Un fraile, Martín Lutero, se atrevía a fijar en las puertas de la iglesia de Wittemberg, 95 tesis heréticas contra las indulgencias.

Comenzaba con ello el vasto incendio que había de devorar a Europa.

A la doctrina de las indulgencias se siguió lo más grave: otra más herética todavía, sobre la justificación, que separaba interiormente al heresiarca de la ortodoxia católica. Suprimía casi del todo la cooperación del hombre, declaraba inútiles la abnegación y mortificación cristiana, las buenas obras, y suprimía los ayunos y abstinencias, el celibato, la confesión de los pecados en particular, y proclamaba la llamada *libertad evangélica*, que dejaba al arbitrio de cada uno lo que debía creer y practicar...

Inútiles fueron todos los esfuerzos de los Papas y doctores para reducir a Lutero. La contumacia con que el apóstata se adhirió al engendro de su mente y corazón corrompido, a la gracia santificadora sin obras y al nuevo evangelio, le impelieron a no someterse al magisterio eclesiástico.

No' tuvo más remedio León X que lanzar contra él la excomunión, que le separaba definitivamente del cuerpo de la Iglesia. Lutero ahondó todavía más el abismo, quemando públicamente la bula pontificia de su condenación, en 10 de diciembre de 1520.

Con su apostasía arrastró el contumaz hereje a Alemania y países nórdicos, que en mala hora le siguieron...

ENRIQUE VIII

Segundo acto del doloroso drama.

Pasemos a Inglaterra.

Su rey, Enrique VIII, ambicioso e impúdico, había exigido del Papa Clemente VII que declarase nulo su matrimonio con Catalina de Aragón, hija de los Reyes Católicos. El Papa no accedió a su demanda, y en 23 de marzo de 1534 promulgó sentencia definitiva en pro de la validez de dicho matrimonio. Enrique se sublevó y apartó su reino de la obediencia al Pontífice. Hizo que el Parlamento le nombrase cabeza suprema de la Iglesia nacional, a imitación de los príncipes protestantes alemanes, «para aumento de la piedad, decía él, y de la religión cristiana en este reino de Inglaterra»...

Obligó a todos sus súbditos a reconocer este derecho suyo, prestando el juramento de fidelidad y considerando como reos de lesa majestad a los que lo rehusasen.

El autor de todo este proyecto fué Tomás Cromwell, nombrado Vicario general del reino. Muchos del Clero se sometieron, vergonzosa y servilmente; otros, resistieron con heroísmo; entre ellos se cuentan el obispo de Rochester y cardenal de la Iglesia, Juan Fisher, y el antiguo canciller Tomás Moro, que murieron víctimas de su protesta.

Gran parte de la resistencia que se hizo a tan despóticas e impías pretensiones del monarca procedió de los monaste-

rios de cartujos y franciscanos, pero bien pronto terminó con ellas el monstruo, apoderándose de sus bienes, que excitaban su desbordada codicia ya hacía mucho tiempo.

Más de mil de dichos monasterios y conventos fueron destruídos, y algunos de sus moradores sufrieron el más cruento martirio.

A pesar de los apremios de Lutero, no pudo alcanzar que Enrique abrazase la herejía. Este paso lo dió su hijo y sucesor, Eduardo VI, y después la sanguinaria Isabel.

CAUSAS DEL PROTESTANTISMO

¿Cuáles fueron las causas del espantoso desastre?

Despreciable gloria para la falsa Reforma.

Puede decirse sin ambages que fué hija exclusivamente de las más bajas e indignas pasiones humanas: una verdadera creación *ex putri*, como dicen los biólogos, fruto de la descomposición y podredumbre.

Lutero dió el paso decisivo hacia la herejía llevado de la soberbia indómita de su carácter y de la lujuria que le avasallaba.

El Papa había encomendado la predicación de la bula a un famoso orador dominico, Juan Eck. Lutero se sintió herido en su amor propio y se rebeló. La mala vida, la dificultad de la continencia y guarda de sus votos monásticos, le llevó a suprimir todo lo que pedía vencimiento propio, y rebajó la moral a sus bestiales instintos.

A los príncipes alemanes, además del libertinaje predicado por Lutero, les arrastró también la ambición más desmedida. El heresiarca quiso apoyarse en ellos, declarándoles Jefes supremos de la Iglesia de sus respectivos países. Con ello quedaban en posesión de cuantiosas riquezas de conventos y

colegios... Al pueblo se le impuso el protestantismo por la fuerza, situándole los príncipes en la alternativa de abrazarlo o de emigrar.

Idénticos fueron los móviles en Inglaterra: una pasión vergonzosa, los amores adúlteros del rey con Ana Bolena, le dió comienzo, y la avaricia lo consumó...

Tristes lastras que gravitarán eternamente sobre el protestantismo.

Podemos decir aquí, con toda verdad, lo del ciego de nacimiento: «Dios no oye a los pecadores». No puede venir de Dios lo que es fruto de indignas pasiones humanas.

Nada representa, pues, contra la Iglesia la amputación de miembros corrompidos: estaban en plena putrefacción y había que cercenarlos.

Necesaria era la operación... pero dolorosa y tremenda.

Quedaban desgajadas del cuerpo de la Iglesia Católica, Alemania, Dinamarca, Suecia, Holanda, Noruega, gran parte de Suiza, Inglaterra, Escocia y, aunque en minoría, Polonia, Hungría y Francia...

LA ACCION DE LA PROVIDENCIA

Nos encontramos de nuevo frente a ella.

La Iglesia no podía perecer ni perder el prestigio ni extensión que a su catolicidad correspondía... Dios velaba por ella, y la salvó también ahora en la gran catástrofe.

Dos fueron los medios de que, principalmente, se valió: la floración más extraordinaria de santidad aparecida en la Iglesia fiel y su expansión avasalladora por los países gentiles.

Mencionémoslas por separado.

Los santos.

Creemos que ninguna otra edad del Cristianismo ha sido tan fecunda en héroes de la virtud y en hombres extraordinarios, si exceptuamos la época del martirio.

El catálogo de los santos de los siglos XVI y XVII asombra por su número y prestancia.

Dos naciones los prodigaron, sobre todo: las dos más exentas del protestantismo: España e Italia.

Comencemos por los fundadores y reformadores de Ordenes religiosas.

Aparece en primer término el genio de la santidad de los tiempos modernos, San Ignacio de Loyola, con sus dos obras inmortales: «Los Ejercicios» y la creación de la Compañía. San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Jesús, los dos grandes reformadores del Carmelo: el primero, elevado a la dignidad de Doctor Místico, la cumbre más excelsa de la ciencia del espíritu, y la Mística Doctora también, la mujer portentosa, encendida del fuego del amor de Dios y, tal vez, el ejemplar femenino más extraordinario de los siglos modernos...

San José de Calasanz, fundador de las Escuelas Pías para la educación de la juventud... San Pedro de Alcántara, reformador de la Orden Franciscana... San Camilo de Lelis y San Juan de Dios, almas heroicas de caridad y fundadores de dos Ordenes nuevas... San Pío V, el gran Pontífice que obtuvo con sus oraciones la victoria de Lepanto... Santo Tomás de Villanueva, el gran Arzobispo de Valencia... El Beato Juan de Ribera y Juan de Avila; San Carlos Borromeo, San Pedro Canisio y San Roberto Belarmino, los grandes Apóstoles de la pluma... San Francisco Javier, el portentoso misionero de su siglo... San Francisco de Borja, duque de Gandía y despreciador de las terrenas grandezas... Los santos patronos de la juventud, San Luis Gonzaga, San Estanislao de Kostka y San Juan Berchmans... San Felipe Neri, San Pascual Bailón, Santa Catalina de Ricci, Santa Magdalena de Pazzis, Santa Rosa de Lima, San Francisco Solano, San Luis Beltrán y el santo Apóstol de la caridad moderna, San Vicente de Paúl...

Añadamos a la lista de esos héroes la de los grandes teólogos, cual jamás conocieron ninguna de las otras épocas cristianas: el Arzobispo de Granada, Pedro Guerrero; el de Valencia, Martín Pérez Ayala; los jesuitas Laínez y Salmerón; los dominicos Melchior Cano, Pedro y Domingo de Soto; los franciscanos Orantes y Zamora... Todos ellos, luz esplendorosa de Trento, la asamblea más augusta que se haya reunido sobre la tierra.

Siguiéronse, después, Suárez, Vázquez, Toledo, Gregorio de Valencia, Arias Montano, Báñez, Lugo, Molina...

¡Qué contraste!

Mientras la herejía se debate impotente y se corrompe y no produce más que crímenes y latrocinios, asesinatos y lujurias, la Iglesia Católica llega a su máximo apogeo en santidad y en ciencia...

«Por sus frutos los conoceréis», dijo Jesucristo.

LAS NUEVAS CONQUISTAS ENTRE PAGANOS

Segunda providencia.

Constituyen, a no dudarlo, una grandiosa epopeya.

Dos naciones fueron también, principalmente, los adalides del gran movimiento de expansión: esta vez España y Portugal.

Recorramos, aunque sea sumariamente, el inventario de sus conquistas.

Africa y Asia.

En el siglo xiv habían ya llegado a conocer los navegantes portugueses y españoles las islas Canarias, pero su conquista data del año 1402, en que las fué conquistando Juan de Bethencurt, de origen normando, pero a las órdenes de los reyes de Castilla.

Los portugueses extendieron sus descubrimientos a lo largo del Africa, a la que llegaron a rodear por el sur, abriendo así un camino hacia el Oriente. En 1418 y 19 fueron descubiertas las islas de Porto Santo y Madeira; Cabo Blanco, lo fué en 1441. En 1484 llegó Diego Cano al Cabo de San Agustín, y en el 87, Bartolomé Díaz dobló el Cabo de Buena Esperanza, llevando así los descubrimientos y conquistas hasta la India.

Todos los conquistadores, cristianos y católicos, de fe rancia y sincera, llevaban consigo misioneros, quienes iniciaron rápidamente su labor admirable, evangelizando a los indígenas.

Así Vasco de Gama, en un viaje a la India en 1497, llevaba dos padres trinitarios; Cabral, iba acompañado de ocho franciscanos y nueve sacerdotes seculares; Alburquerque, con su poderosa escuadra, transportaba a la India al Vicario general, Domingo de Sousa, con lo que introducía la jerarquía católica en aquellas vastas regiones. Igualmente llevaban misioneros los navegantes Almeida, en 1505, y Dacunha, en 1506.

La afluencia de misioneros religiosos fué tan copiosa que rápidamente se fundaron conventos en Goa, Cochín, Salsete y demás ciudades ocupadas por portugueses.

Estaba preparado el camino para San Francisco Javier, el verdadero Apóstol de la Iglesia en el Oriente; el Alejandro misionero, más grande aun que su rival. Aquél se paró en la India, éste comenzó por ella...

El gran santo navarro llegaba a Goa en 1542 con el título de nuncio apostólico. El primer año comenzó desde esta ciudad la irradiación de sus hechos. Fué la campaña de la Pesquería, situada al sur de Goa. En Comorín hizo prodigios; en un año fundó treinta pueblos de cristianos; acababa el día con el brazo rendido de tanto bautizar. En Trabancor fundó otra cristiandad floreciente y pasó a Meliapur. En 1545

continuó su exploración hacia el Extremo Oriente; llegó a Malaca y de allí pasó a las Molucas. Con el auxilio del japonés Yajiro, emprendió en 1549 el viaje al Japón, en donde hizo hazañas increíbles de valor apostólico en Kagoshima, Meako y Yamaguchi... Su sueño, sin embargo, era el Celeste Imperio: la China, impenetrable hasta entonces al europeo; y, dejando en las cristiandades del Japón al Padre Torres, se dirigió hacia ella. Pero Dios se contentó con su deseo. El 2 de diciembre de 1552 moría de fiebre en la soledad de un islote desierto: Sanchón. No fué testigo de su muerte nada más que el criado japonés que le acompañaba.

¡Portentoso varón!

En unos diez años recorrió distancias increíbles. Al morir dejaba iglesias organizadas en Goa, Ormuz, Cochín, Trabanacor, Pesquería, Santo Tomé, Malaca, Molucas y el Japón... Había ganado para Jesucristo y para la fe católica él solo más territorio que perdiera la Iglesia con la herejía.

América.

Y aun restan las conquistas del otro ramal de la raza ibérica: las aún más portentosas misiones americanas.

El día 12 de octubre de 1492 llegaba Cristóbal Colón con sus tres famosas carabelas, la «Santa María», la «Niña» y la «Pinta», a la isla de Guanahamí, que llamó San Salvador. Era el Nuevo Mundo soñado.

Inmediatamente saltaron a tierra los hispanos argonautas que habían ido, no en busca del vellocino de oro, sino del vasto continente perdido entre las brumas del Atlántico... Se festejó el gozo inmenso de la llegada con un acto religioso, lo propio de aquellos hombres de fe arraigada, con la celebración del santo sacrificio de la Misa. Era la primera vez que en la virgen tierra americana se elevaba hacia el cielo la Hostia sacrosanta de nuestros altares. El capellán había sido el sacerdote Arenas. Después, las notas vibrantes del

Te Deum en acción de gracias al Señor, resonaron por las costas de la isla...

De San Salvador pasaron a Cuba los descubridores, y encontraron la isla de Haití, la Española...

Desde 1510 se precipita el ritmo de los descubrimientos.

Vasco Núñez de Balboa funda la colonia de Santa María la Antigua, y llega al Pacífico en 1513, tomando posesión de él en nombre de los reyes de España. Ponce de León, por un lado, y Fernández de Córdoba y Grijalba, por otro, llegan hasta la Florida y toman posesión de la misma.

En 1519 llega Hernán Cortés a Veracruz, y el 21 se apoderaba de la capital del vasto reino de los aztecas, Méjico. Fué ésta una de las campañas cumbres de la Historia, quizá no igualada jamás por ninguna otra. Con unos 500 españoles derrotó Hernán Cortés ejércitos inmensos y se apoderó de tres reinos indígenas, los más poderosos y civilizados de América.

Su obra fué continuada por Pedro Alvarado, conquistador de Guatemala, mientras otros se adentraban en Centroamérica, hacia el sur y hacia el norte. Descubrieron el Mississippi y Nuevo Méjico y California, adonde llegó Hurtado de Mendoza en 1532.

Al mismo tiempo, otro insigne conquistador, el extremeño Francisco Pizarro, se internaba en el continente del sur y descubría y conquistaba el Perú en 1526, y fundaba, años después, la ciudad de Lima, mientras su contrincante Almagro se adueñaba de Chile, terminando con la conquista del reino de los Incas.

Siguiendo esta misma dirección, dos hermanos, Alonso y Pedro de Mendoza, descubrieron los inmensos territorios del Paraguay y del Plata, fundando la Asunción y Buenos Aires en 1535, mientras Jiménez de Quesada se establecía en Colombia y fundaba Santa Fe de Bogotá¹.

¹ Cfr. B. Ilorca, S. J.: *Manual de H.^a Eclesiástica*, pp. 619 s.

CONQUISTA ESPIRITUAL

Se había descubierto y conquistado un Nuevo Mundo; territorios inmensos que se extendían, no ya de zona a zona, sino de polo a polo.

España había derrochado su heroísmo.

Desde California hasta la tierra del Fuego, quedaba sujeta a su dominio...

Pero faltaba otra conquista más elevada: la conquista religiosa y espiritual. El mundo americano no conocía a Cristo, era idólatra. Méjico ofrecía sacrificios humanos en su templo nacional... El Imperio del Inca adoraba al sol y a la luna, a quienes tenían contruídos lujosos templos.

América estaba en tinieblas... Era necesario, pues, transportarla a la luz, convertirla, y esa gloriosa labor tocó a los misioneros.

Méjico.

La evangelización comienza con Hernán Cortés, hombre profundamente religioso y convencido de que su primera obligación era la de contribuir a la salvación de los pueblos conquistados.

Ya a su entrada misma, en la Nueva España, acompañaron al héroe diversos religiosos, entre los que sobresalía el clérigo Juan Díaz, que bautizó a cuatro caciques y muchos nobles. Luego, el mercedario P. Olmedo, que era el capellán del ejército y acompañaba a todas partes a Cortés.

Al poco tiempo pidió a Carlos V nuevos misioneros y, en efecto, le fueron enviados Padres Franciscanos; luego, otra expedición de doce, llamados con toda razón los Apóstoles de Méjico.

A los Franciscanos les siguieron los Dominicos, recibidos también por Hernán Cortés con idénticas muestras de religiosa veneración.

En 1533 llegó una nueva expedición de Padres Agustinos.

En los siguientes años, verdaderos ejércitos de misioneros...

En 1572 se juntaron a éstos los Jesuitas, y en 1580 ya poseía allí 107 sujetos la Compañía...

La Jerarquía fué organizada ya desde los comienzos.

En 1527 se constituían los Obispos de la capital y Tlascala.

El santo Fray Juan de Zumárraga, Obispo de Méjico, celebró Concilios, construyó iglesias y fué creado primer Arzobispo de la Nueva España.

América del Sur.

Sigamos a los conquistadores.

Pizarro, Almagro, Mendoza y Quesada, ya dijimos que fueron los conquistadores de la América del Sur.

Con ellos entraron también los misioneros.

Entre los primeros, aparecen los Mercedarios; después, los Franciscanos y Dominicos; más tarde, los Agustinos y los Jesuitas.

Nueva Granada, que comprendía las actuales Venezuela y Colombia, contaba ya en 1523 más de 30.000 indios convertidos. En 1531 se erigía la sede episcopal de Santa Marta.

El célebre conquistador Gonzalo Giménez de Quesada emprendió, en 1536, la célebre expedición a través de los bosques vírgenes, verdadera locura de heroísmo que terminó felizmente con la fundación de Bogotá ..

Se distinguieron en esta región, Fray Bartolomé de Ojeda, de quien se afirma que bautizó él solo 200.000 indios, y San Luis Beltrán, Apóstol de las selvas de Tubara, donde bautizó 10.000 más.

En las regiones del Perú, que comprendían el gran Imperio de los Incas, esto es, los actuales Perú, Ecuador, Chile y Bolivia, fueron del mismo modo gloriosas las empresas apostólicas...

En 1535 se organizó la Iglesia en Cuzco, cuyo primer Obispo fué el dominico Fray Vicente Valverde...

En 1565 ya contaba la Orden Dominicana 100 religiosos en aquella región.

La sede de Lima se estableció en 1541 con su primer Obispo, Fray Jerónimo de Loaysa, elevado a Arzobispo en 1545.

Su sucesor fué el gran Apóstol del Perú, y podemos decir que de América entera, Santo Toribio, a cuya organización contribuyó poderosamente, sobre todo, con los diez Concilios Diocesanos y tres Provinciales que celebrara.

Al Ecuador llegaron los misioneros ya desde el principio.

Al ser tomada la capital, Quito, se establecieron en ella los religiosos dominicos y, desde allí, trabajaron incansables en todas direcciones.

En Chile se presentaron los misioneros desde el Perú, en 1540, acompañando a Valdivia; unos años más tarde hacía prodigios, entre aquellos indios, el P. Antonio Correa, Apóstol de la región.

La Jerarquía se estableció ya a mediados del siglo XVI, con la sede en Santiago de Chile, a la que siguieron otras...

Faltaban los inmensos territorios del Plata, y a ellos llegó Mendoza, a quien acompañaban diversos misioneros. El Paraguay recibió la visita de los europeos poco después.

Son célebres, en estas misiones, los llamados Apóstoles del Tucumán, San Francisco Solano y Fray Luis Boiaños, que convirtió él solo en el Paraguay 20.000 indios. San Fran-

cisco Solano recorrió durante catorce años aquellas regiones, incluso el actual Chaco. En 1547 se fundó la sede episcopal de La Asunción, y en 1552 la del Plata; años más tarde la de Córdoba, y en 1582 la de Buenos Aires.

El Brasil, finalmente, fué evangelizado primero por los franciscanos y después por los jesuitas: se distinguieron, sobre todo, los Padres Nóbrega, Núñez, Piros y Azpilcueta y el célebre P. Vieira. Deben contarse también, el Beato Azevedo y el P. Anchieta, verdadero tipo del Apóstol misionero que lo recorrió innumerables veces con los pies descalzos y una cruz en la mano.

CONCLUSION

Terminemos ya.

A fines del siglo XVII, esto es, 100 años después del descubrimiento del vasto continente americano, se puede afirmar que era cristiano ya en su totalidad...

La Iglesia se había visto acrecentada por innumerables hijos. Sólo en Méjico se calculaba en 8.000.000 el número de los convertidos.

La conversión de los indígenas por los misioneros españoles y portugueses es un portento de heroísmo inigualado en la historia de las hazañas. Verdaderas pléyades de religiosos de todas las Ordenes se esparcieron por el vastísimo territorio que poseía ríos como mares, selvas impenetrables al sol y en cuyo hemisferio brillaban constelaciones y soles no catalogados por Ptolomeo ni por Hiparco. Con heroísmo sin precedentes, y en medio de las más arduas fatigas, persistieron años y años empeñados en la gran obra. Convivieron con los indios, comiendo de sus viandas y expuestos siempre a sus venganzas y salvajismos.

Las Ordenes religiosas son, lo repetimos, las verdaderas creadoras del espiritismo americano.

Notable diferencia entre la conquista española y portuguesa o católica y la protestante. Holanda e Inglaterra conquistaron también o robaron; pero su ideal no fué más que de comercio. No les interesaban los indios; los aniquilaron; en cambio, España y Portugal los atendieron y los consideraron como hijos de Dios y herederos del cielo, y todo su empeño consistió en atraerlos a la luz del Evangelio. Gracias al espíritu de esta gloriosa conquista, cuando a fines del siglo XVIII vino la independencia, surgieron 20 naciones cristianas, de abolengo y tradición católica.

Algo parecido puede afirmarse también de las Indias Orientales. La luz del Evangelio fué a iluminar las «regiones del tálamo de la aurora y la voz de los apóstoles suspendió el sueño de Adamastor»... Desde cabo de Buena Esperanza, hasta Ceilán, Filipinas, el Japón..., se había extendido la predicación evangélica. La voz de los pregoneros de Dios había llegado a los confines de la tierra...

En resumen:

La rebelión luterana soliviantando con su moral relajada todas las bajas pasiones humanas, la lujuria, el libertinaje, la sórdida ambición, había atraído a más de media Europa...

A sus oídos sonó la palabra terrible del Salvador: «Se os arrancará el reino de Dios y será traspasado a los gentiles»...

Regiones dilatadísimas abrían sus brazos al Evangelio.— Se refiere en la historia del gran misionero P. Anchieta, que se le apareció un indio del Amazonas y le dijo: «Aquí estoy; te aguardaba largos años». Era un símbolo de la realidad: el mundo gentil esperaba la luz de Jesucristo sentado en las sombras de las tinieblas. Por fin llegó...

El gentilismo retrocedió espantado. Las naciones paganas revivieron ; vieron la luz y caminaron hacia ella...

Mucho perdió, pues, la Iglesia con la insurrección protestante ; miembros importantes y numerosos le fueron amputados con dolor, pero fué la poda de la viña... La savia del tronco exuberante y prolífica, pudo extenderse a otras ramas y dar origen a innumerables rebrotes. Sus frondas repoblaron lo perdido. Habían sido desgajadas cinco o seis naciones, pero se le agregaron más de 20...

El nombre cristiano repercutía por regiones nunca exploradas, abriendo espléndido porvenir...

Nada, pues, había conseguido la tormenta.

La Iglesia permanecía en pie, serena y llena de juvenil pujanza.

Era el álamo frondoso, la cepa que poda el labrador, pero que rebrota más espléndida.

«Las puertas del infierno no habían podido prevalecer tampoco ahora contra ella».

JESUS PROFETA (V)

(La tragedia del odio).

SUMARIO: Origen de la incredulidad moderna. - La Filosofía naturalista inglesa. - La Masonería. - Voltaire y la Enciclopedia. - El Socialismo y el Comunismo. - Satanismo. - Signos de esperanza: los nuevos convertidos: rumbo espiritualista de la ciencia. - «No prevalecerán»

Hemos llegado, en nuestra excursión, a los tiempos presentes.

La incredulidad moderna data del siglo XVII y es fruto espontáneo y amargo del protestantismo.

En efecto.

Al negar éste toda autoridad en materia de fe, sustrajo a la Iglesia toda su influencia y apoyo al par que le arrancó el respeto y veneración tradicional de los pueblos. Del mismo modo, su máxima favorita de que cada cual ha de resolver con su propio criterio subjetivo lo que debe creer, condujo inevitablemente, también, a negar muchas verdades hasta entonces admitidas como de fe y terminó por el rechazo absoluto de toda revelación.

Siguióse de estas premisas la llamada autonomía de la razón, frente a cualquier otra autoridad, elevándola a la categoría de fuente única del verdadero conocimiento y, relegando al desprecio, por lo mismo, a toda pretendida palabra de Dios y verdad religiosa contenida en la Biblia y en los dogmas cristianos, para acabar, por fin, en un odio completo



16

(ECCE HOMO. — Igl. Carmelitas Descalzos. Venecia)

La sabiduría de Dios despreciada por los hombres.
Los improperios del Redentor.

al cristianismo y a la Iglesia, a la que procuraron destruir con todas sus fuerzas.

Se creó toda una Filosofía con estos malsanos conceptos.

La Filosofía de la anti-religión, que tuvo su origen en Inglaterra, agotada en su espíritu por la apostasía protestante. De ella se esparció su concentrado virus por todo el mundo.

El primero de los nuevos filósofos fué Lord Cherbury, muerto en 1648, que negó abiertamente toda revelación sobrenatural... Siguióse Hobbes, fundador del Empirismo que le condujo hasta la negación de la cognoscibilidad y aun de la existencia de todo lo supresensible... Bacon de Verulamio, que vivió a fines del siglo xvii y puso como única fuente de toda Filosofía la inducción y la experiencia, haciendo tabla rasa de toda otra fuente de verdad... Locke, que consumó la obra destructora viniendo a caer en el más crudo materialismo y negación de toda verdad superior a la razón humana... Finalmente, Collins, inventor del nombre de «librepensadores» con que se distinguieron en adelante.

Estaba dado el paso decisivo.

La intelectualidad era ya materialista y atea.

Faltaba tan sólo la propaganda impía en el pueblo, y a ello se prestó ardorosamente la Masonería y la Enciclopedia.

La Masonería.

En 1666 se declaró un pavoroso incendio en Londres, que destruyó gran parte de aquella inmensa ciudad.

Entre los que se dedicaron a su reconstrucción se formaron las Asociaciones Medievales de Constructores, las que, años más tarde, se reunieron en una «Gran Logia» que vino a ser como el centro del librepensamiento.

La referida asociación conservó los símbolos y ceremonias de los constructores, el compás y la escuadra, venerando al Gran Arquitecto del Universo, esto es, al Autor del Orden Natural, no Sobrenatural, del mundo; aparentaba perseguir, exclusivamente, fines morales y filantrópicos, pero, en realidad, tendía a subvertir todo el orden religioso y político existente.

Desde Londres se extendió la Asociación, rápidamente, por todos los países. En 1725 se fundaba la primera logia del Continente, en París. En 1733, otra en Hamburgo; en 1740, en Berlín.

Habían desaparecido ya todos los velos y ocultaciones equívocas y aparecido la secta en toda su repugnante aversión a la Iglesia.

Se declaró enemiga nata de ella y aun de toda creencia religiosa.

Mientras se celebraba el Concilio Vaticano reunió también la Masonería el suyo en Nápoles, al que asistieron varios centenares de delegados de todo el mundo; allí declararon, formalmente los Hermanos Masones, que todos sus miembros se comprometían a combatir, hasta exterminarlo, al Cristianismo y aun la idea misma de Dios...

Nada exagerada es la frase de los Papas, que apellidan a la secta «El reino de Satanás».

VOLTAIRE Y LA ENCICLOPEDIA

Se ha dicho acertadamente que la inmoralidad es la madre de la irreligión... El que no vive como cree, acabará por creer como vive.

Así sucedió manifiestamente en Francia.

La corrupción de costumbres llegó a convertirse en verdadero odio a toda sobrenatural creencia...

Era el siglo de Luis XIV.

La Corte de Versalles había caído en la disolución más repugnante, en la que participaba la nobleza y aun el mismo Clero... Se disfrazó con el atractivo ropaje de «Filosofía», y sus partidarios se llamaron «los filósofos», lo mismo que su época, la época del «Filosofismo».

El punto de reunión de aquellos intelectuales de ultranza eran los *salones*...; lugares de degradación y envilecimiento al par que de impiedad manifiesta. A ellos se acercó también, tentadora, y tuvo el más caluroso recibimiento, la literatura materialista de Inglaterra, propinada en libros que venían abundantes de la Isla y de Holanda.

En estos círculos disolutos fueron aceptados también, con los brazos abiertos, los masones, que se habían ya extendido por Francia dirigidos por Francisco M.^a Arouet, que se dió a sí mismo el nombre de Voltaire.

Ellos formaron el centro de la conspiración contra el Altar y el Trono.

Voltaire ha sido uno de los hombres más nefastos de la Historia.

Se le ha llamado, con toda razón, el «Patriarca de la Incredulidad».

Su talento fué mediocre, aunque brillante, pero destituido por completo de todo carácter y veracidad. Su máxima constante fué ésta: «Miente, miente, que algo queda».

Se declaró enemigo personal de Cristo, de quien profirió aquella frase sacrílega: «Aplastemos al infame».

Después de habérsele hecho imposible, por sus embustes e impiedades, vivir en Francia y en Berlín, se retiró a Fernelly, cerca de Ginebra, de donde se trasladó a París en sus últimos años, ciudad en que murió desesperado y con el terror de su agitada conciencia...

Llamó repetidas veces al confesor, a grandes gritos, pero sus amigos no quisieron consentir en ello...

En el paroxismo de su espanto, se retorció, el réprobo, entre las sábanas de su cama. Sudando abundantemente y erizados sus cabellos, le parecía ver a Cristo Juez que le llamaba a su Tribunal...; otras, al demonio, que quería estrangularle...

Sus últimas palabras fueron: «Que venga el confesor»; «que me condeno».

Su muerte es una de las más trágicas de la Historia, y dice un testigo presencial que jamás podrá olvidarla.

Ya sus maestros, los jesuitas, pues fué educado en uno de sus colegios, dieron de él el siguiente juicio: «Ingeniosus puer sed insignis nébulo», joven de ingenio, pero insigne embustero.

De entre sus amigos alcanzó principal relieve J. J. Rousseau, muerto en 1779.

Sus obras han ejercido, por desgracia, la más honda influencia, a través de los siglos, en pro de la impiedad revolucionaria.

Entre ellas descuellan: «El Emilio», en que se mostró partidario de un materialismo anticristiano en la educación; «La nueva Eloísa», en que socavó los cimientos de la moralidad, enalteciendo lo animal y canallesco en el hombre, y «El Pacto Social», en que presentó la convención como origen único de la autoridad y del Estado, y atribuyó al pueblo la potestad inalienable de deponer a los príncipes.

Otros amigos de Voltaire, entre ellos D'Alembert, Diderot y Lametrie, inundaron a Francia de escritos impíos tan superficiales como inmundos, y desde 1750 empezaron a publicar La Enciclopedia.

Constó ésta de 22 tomos, y de ella, a pesar de su mediano mérito y precisamente por su espíritu antirreligioso, se llegaron a estampar cuatro ediciones.

El espíritu del Diccionario era ateo y materialista; sus artículos inocularon en muchos corazones el virus más activo de la impiedad y robaron a la sociedad la fe.

Nada más tremendo para la religión cristiana y aun para toda religión, que los ataques solapados e hipócritas, pero sistemáticos, de estos hombres.

La insana propaganda cundió como un vasto incendio por Europa y por el mundo, y acabó por agostar toda espiritualidad y fe en innumerables almas.

La religión parecía desvanecerse, y la inundación del mal semejaba la del Diluvio...

El ateísmo se puso de moda aun en las aulas del saber...

Se concibe que el mismo Voltaire abrigara la ilusión de que estaba para desaparecer el Cristianismo: «Estoy cansado de oír, exclamaba, que bastaron doce hombres para implantar la religión cristiana en el mundo: yo quiero demostrar que basta uno solo; que me basto yo para destruirla. Dentro de veinte años, proseguía, ya no existirá»...

SOCIALISMO Y COMUNISMO

Dijo Pío IX que el Protestantismo fué el padre del Liberalismo, y éste, del Socialismo y Comunismo.

Ambos constituyen el último grado de la irreligión a que puede llegarse en el mundo: al odio mortal a ella.

Marx la llamó, como es sabido, «el opio del pueblo», fundando sus utopías sobre el más crudo materialismo.

«El cielo, para los pájaros; para nosotros, la tierra», dijo Engel.

El Comunismo es la antítesis más completa del Cristianismo, por más que se haya anunciado la utopía blasfema de que si Cristo hubiera vivido en nuestros tiempos hubiera sido comunista.

La religión del amor, de la fraternidad humana, del más alto espiritualismo y acendrada caridad, no puede conciliarse, en modo alguno, con el odio de unos a otros y la lucha de clases, y menos con el incendio de templos, profanación y destrucción de imágenes... Más aún: recordando los hechos todavía recientes, podemos afirmar que han sido los mayores enemigos que ha tenido jamás el Cristianismo, y su acción la más pavorosa y tremenda que se haya levantado contra la religión de Cristo...

SATANISMO

Llena de pena el solo decirlo, pero ésta es la espantosa realidad.

Hace unos lustros nada más, se fundaba en Rusia la liga de «Ateos militantes», los «Sin Dios y contra Dios». Pocos años más tarde ya contaba con diez millones de adeptos, entre ellos uno de niños.

En Alemania existía, antes de la guerra, la «Liga anti-religiosa», con más de un millón de inscritos...

En Francia, la sociedad de «Librenensadores», y pertenecientes a ella varios centenares de miles.

En Inglaterra, dice un inglés bien conocedor de las cosas de su Patria, hay, actualmente, más de 350.000 hombres empeñados en implantar, a todo trance, el ateísmo, y en Estados Unidos, más de 70 millones de seres humanos sin más Dios ni religión que su vientre y sus negocios...

En la capital del orbe católico se levantaba delante del mismo Vaticano, hasta hace poco, una estatua del impío Gior-dano Bruno; en Bruselas, otra a Ferrer Guardia; en una ciudad soviética, una a Judas, y varias, en diversos sitios, a Luzbel...

Basta ya de datos.

El ánimo se acongoja y se pregunta si aún será posible la salvación.

Vienen deseos de repetir el grito de socorro: «Señor, sálvanos, que perecemos».

SIGNOS DE ESPERANZA

Pero dejemos el pesimismo.

Es inútil y enervador...

También hay prenuncios halagadores.

Un día hablaba Jesús de la futura ruina de Jerusalén y de su templo, y añadió, con gesto de firmeza: «Los cielos y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán»...

He aquí el símbolo, la síntesis de la Historia de la Iglesia. Todo ha pasado alrededor suyo.

Pasaron las grandes persecuciones de los judíos; pasaron las sangrientas jornadas del anfiteatro, las angustias de las catacumbas...

Pasaron los Emperadores que creyeran un día haber extinguido el Cristianismo porque lo habían anegado en sangre...; pero la Iglesia no sucumbió; quedó en pie y aun pudo asistir a los funerales del mismo Imperio.

Pasaron las herejías; las filosofías anticristianas; los gnósticos, los neoplatónicos, con sus sueños...; pasó el maniqueísmo, que un tiempo sedujera al gran genio de Agustín; pasaron Eutiques y Nestorio y Arrio...; pasó Juliano el Apóstata, Maquiavelo, Lutero, Enrique VIII, Voltaire, Diderot... La Iglesia, en cambio, lejos de sucumbir, vive aún, llena de vigor, de juventud y de pujanza. Siempre idéntica a sí misma e invariable...

Es la misma que salió, hace veinte siglos, del Cenáculo, la misma que oró en los subterráneos de Roma y padeció en

el Circo Máximo; la misma y con el mismo Credo que ha venido haciendo resonar en nuestras augustas Catedrales a través de los siglos.

La misma que animó el corazón de Dante, Prudencio, Orígenes y Tertuliano; la gran mente de Isidoro...; la misma que inflamó la elocuencia de San Crisóstomo, San Bernardo, San Vicente Ferrer y San Antonio de Padua... La que iluminó la inteligencia de Santo Tomás de Aquino, de Vitoria y Suárez, de Donoso y de Balmes...

¿No sucederá ahora lo mismo?

Ya cayó Marx y Engel, Jaurés y Lenin, Calles y Azaña... con todo su cortejo de impiedades... y así seguirán cayendo, en adelante, cuantos se levanten contra ella.

Los nuevos convertidos.

Hasta se vislumbran esperanzas de porvenir risueño.

Dos notas de aliento podemos señalar, sobre todo: las *conversiones* continuas al Catolicismo, y el nuevo *rumbo de la ciencia*.

El movimiento hacia lo primero es altamente significativo:

En Inglaterra vuelven anualmente a la Iglesia de 11.000 a 12.000 personas. En los últimos años sobrepasaron, con mucho, este número. Desde la muerte del célebre convertido Newman, antes anglicano y después obispo y cardenal, han vuelto al seno de la Iglesia alrededor de 900 eclesiásticos protestantes. El reconocido y genial escritor Gilbert Keith Chesterton, convertido también, llega a afirmar que el hacerse católico es sólo cuestión de solidez de pensamiento.

En Alemania aumenta también de año en año el número

de los que vuelven a la religión de sus antepasados. Anualmente, al par que en Inglaterra, llegan a 11 o 12.000...

En los Estados Unidos asciende el guarismo hasta los 40.000.

Los últimos años se dió la cifra máxima de 50.000.

Y nótese también la calidad: de 1.000 convertidos, 372 eran clérigos protestantes, de los que 135 pasaron a ser sacerdotes católicos. De los laicos, 115 eran médicos; 126, abogados; 45, miembros del Congreso; 12, gobernadores; 180, oficiales del Ejército y la Marina; 206, escritores y otras personalidades relevantes en el campo de la cultura.¹

Rumbo espiritualista de la ciencia.

La segunda nota no es menos digna de entusiasmo.

Hasta hace unos decenios nada más, el ateísmo materialista dominaba en absoluto en las cátedras universitarias. En ellas no se podía ni debía hablar sino en este sentido...

Admitir fuerzas distintas de las físico-químicas; mostrar la existencia de un agente extracósmico extraño y superior a la materia; nombrar a Dios, en una palabra, hubiera sido considerado como un descrédito científico, una señal de atavismo psíquico-religioso que los psicólogos hubieran explicado por la cristalización en las células cerebrales de las ideas supersticiosas inoculadas por los ignaros explotadores de la religión...¹

Así estaba la ciencia hace unos lustros.

Ahora ya es otra cosa distinta.

Se oyen por doquier voces de desengaño.

«Las esperanzas —decía hace poco un gran biólogo de nuestros días, Federico Müller, en público y autorizado discurso pronunciado en la apertura de curso de la Universidad

¹ Cfr. Lamping, *Hombres que vuelven a la Iglesia*, Introducción.

de Munich — de explicar los misterios de la vida sobre bases materialistas, no se han cumplido y han causado universal desilusión. Oímos repetir muchas veces que la dirección materialista de la vida ha fracasado y que tiene que recoger los bagajes... Una nueva corriente se inicia... Una especie de carrera de refugio hacia la Filosofía, hacia el Espiritualismo»...

No son menos elocuentes las de otro sabio más esclarecido aún, el llamado en la actualidad el Pontífice de la Biología: el doctor Oscar Hertwig.

Había sido ateo y materialista durante cerca de cincuenta años de investigación científica...; mas he aquí que, llegado a la madurez de sus conocimientos, se convence de su error y toma, con ardores juveniles, como afirma él mismo, la pluma para protestar. «Es verdad, dice, que hace siglos ya que el concepto materialista del universo había ido aumentando cada vez más los círculos de su propagación, pero los signos de los tiempos han cambiado y nos muestran que nos encontramos actualmente en un cambio de miras: en el desenvolvimiento espiritual de la Humanidad...»

¡Los signos de los tiempos han cambiado!... ¡Nos encontramos en el comienzo de una nueva Era de desenvolvimiento espiritual de la Humanidad!

En una nueva Era, sí.

Actualmente son ya escasos los que siguen el materialismo; más concretamente aún: se acaba de hacer una notable estadística en Alemania, por el doctor Dennert, y de ella resulta que entre los 423 sabios principales del mundo moderno, 349, o sea el 95 por 100, son creyentes, esto es, reconocen la necesidad de un Ser Supremo, Creador Universal de todo...

Esos sabios han visto a Dios invisible, «per ea quae facta sunt», como dijo San Pablo: «Por las obras visibles de sus manos».

Del 5 por 100 restante, el 3 no se deciden por ninguna explicación, y sólo un 2 por 100 se muestran materialistas...

Repitémoslo de nuevo.

Los signos de los tiempos han cambiado.

El hijo pródigo vuelve a la casa paterna después de siglos de extravío.

NO PREVALECIERAN

Acababa de terminar su sermón cierto orador sagrado y se bajaba ya del púlpito.

Pero se detiene repentinamente; vuelve a subir y, dirigiéndose al público, exclama: «¿Habéis visto ese monte que se levanta ante vuestros ojos enfrente mismo de la ciudad? Pues, oidlo bien; yo os lo aseguro, no se lo comerán las ratas...»

Acertada y significativa ocurrencia...

Todos comprendieron la alusión.

Ese monte altísimo es la Iglesia.

Es el monte de fundamentos eternos; alto, incontrastable; el monte a cuya cumbre secular han ascendido los corazones e inteligencias próceres; el monte de veneros, de raudales inmensos de sabiduría; el monte que se eleva sobre todas las instituciones humanas, las que parecen a su lado obras de pigmeos; que dura ya veinte siglos, inmovible...

No se lo comerán tampoco las ratas de sus enemigos, pobres hombrecillos que se alzan dos centímetros del suelo...

Ellos pasarán, se desvanecerán como el humo, dejarán de existir como una de tantas musarañas de la campiña... y el monte permanecerá inmovible.

Hace quince siglos, se encontraban nuestros padres en la fe en más aciagas circunstancias aún.

Era el siglo de la invasión de los bárbaros; época de cataclismos, de destrucción de templos y de ruinas...

El Imperio romano se deshacía en pedazos.

Un caos político, moral y religioso lo dominaba y lo envolvía todo.

Muchos, incluso el gran genio de San Agustín, creían llegado el fin del mundo, pues juzgaban imposible el que pudiera sobrevivir la Iglesia a tanta catástrofe.

Sin embargo, pasó el ciclón devastador y todo se repuso; la religión de Cristo sobrevivió a la gran hecatombe y, ¿quién lo hubiera creído?, de aquel caos confuso pero fermentado por la misma Iglesia, salieron las nuevas naciones europeas esencialmente religiosas: la Edad Media, la más religiosa y cristiana que ha existido...

«Confidite: confiad», nos dice Jesucristo...

Algunos hasta han soñado en el retorno de una nueva Edad Media después de las acerbas pruebas del presente... ¿Quién sabe?

Dios suele intervenir en el mundo cuando todo ha fracasado.

El es el que rige la Historia, y no los hombres; o, como dice el refrán: «Los hombres se mueven, pero Dios los agita».

«Sursum corda!», pues; esperanza y fe en Cristo y en su palabra. El venció una vez al mundo y lo ha venido venciendo a través de las edades, y lo vencerá hasta el fin...

LOS CIELOS Y LA TIERRA PASARAN, PERO SUS PALABRAS NO PASARAN.

«Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella».

JESUCRISTO, DIOS

SUMARIO: La divinidad del Mesías en el A. T. - Cristo, hijo de Dios y Dios verdadero. - Testimonio de los Evangelios. - La propia afirmación de Jesús. - Atributos divinos y derechos exclusivos de Dios. - «El Unigénito del Padre»

La divinidad de Cristo es un tema de la mayor trascendencia, y hoy más que nunca candente.

¿Quién fué Jesús de Nazaret, el famoso taumaturgo que pasó por Palestina al comienzo de nuestra Era sembrándola de prodigios y que con su nueva religión removi6 el mundo y atrajo hacia sí la humanidad?...

¿Fué Dios, como El mismo afirmó de sí, insistentemente, o un mero hombre grande y extraordinario cuanto se quiera pero sin rebasar en nada los contornos y límites humanos?

A incrédulos y a católicos nos va mucho en la cuestión.

Si Cristo no es Dios, nuestra religión es falsa, pues en este dogma fundamental se apoya; pero si, por el contrario, es Dios, nada tiene que temer nuestra fe: se engañan los adversarios, y estamos en la posesión de la verdad.

Queda suficientemente indicado el alcance y trama del presente capítulo.

LA DIVINIDAD DEL MESIAS EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

La divinidad del anunciado Redentor la indican suficientemente en sus vaticinios los profetas, como ya pudimos advertirlo en el capítulo segundo de este libro.



«El que de vosotros esté sin pecado arroje la primera piedra» (J. VIII, 7).

En efecto, en la profecía de *Miqueas* relativa a su nacimiento en Belén, se habla claramente de su *preexistencia* y *eternidad*, notas que, como es obvio, no pueden convenir sino a Dios solo: «Y tú, ¡oh Belén!, dice, llamada Efrata, eres una ciudad pequeña respecto de las principales de Judá, pero de ti saldrá el que ha de ser dominador de Israel, el cual fué engendrado desde el principio, desde los días de la eternidad». (Cap. V.)

David le llama hijo de Dios «engendrado por El en el día de su eternidad». (Salm. II, 7.)

Isaías le apellida Emmanuel, esto es, Dios con nosotros; le da los nombres de «El Admirable», «El Consejero», «Dios», «El Fuerte», «El Padre del Siglo Venidero», «El Príncipe de la Paz». (Cap. VI y IX.) Finalmente, en el vaticinio de las setenta semanas de *Daniel* se dice del Mesías que su venida al mundo traería consigo «el término de la prevaricación y el fin del pecado; que sería borrada la iniquidad y vendría la justicia perdurable al ser ungido el *santo de los santos*». (Cap. IX.)

CRISTO HIJO DE DIOS

Testimonios evangélicos.

Al anuncio responde la realidad, y al Antiguo, el Nuevo Testamento.

Cristo es el Mesías anunciado, y del sentido de su divinidad están llenas todas las páginas del Evangelio.

Las citas podríamos multiplicarlas.

El ángel dice a María, en la Anunciación, que «lo santo nacido de ella será llamado el Hijo del Altísimo». (Lc. 1, 32.) El día del bautismo del Jordán se abren los cielos y descendiende el Espíritu Santo en forma de paloma sobre El, y se oye la voz del Padre que atestigua: «Este es mi Hijo amado, en el cual tengo mis complacencias». (Mt. III, 16, s.) Los Apóstoles ven a Cristo caminar sobre las aguas, y todos le

adoran, llenos de pasmo, y le dicen: «Verdaderamente eres el Hijo de Dios». (Mt. XIV, 33.)

Ni son otros solamente los que llaman Hijo de Dios a Jesucristo. Este apelativo se lo da El a sí mismo repetidas veces.

Al ciego de nacimiento encuéntrale ya sano después de su lucha con los fariseos, y le pregunta: «¿Crees en el Hijo de Dios?» Y el ciego exclama: «¿Quién es, Señor, para que crea en El?» Y Cristo le responde: «Le has visto y es el que está hablando contigo». (Jn. IX, 35, s.) A San Pedro, que en Cesárea de Filipo le dice abiertamente: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo», le alaba y le llama bienaventurado, porque aquello no lo sabe él de por sí, sino por revelación del Padre. (Mt. XVI, 16, s.)

Y, sobre todo, ante Caifás. Es el momento solemne de la condenación a muerte del Salvador por el Sanhedrín reunido expresamente para ello. Hay discrepancia de opiniones, y no se entienden entre sí las pruebas y las defensas: el príncipe de los sacerdotes toma entonces la palabra, queriendo zanjar él por sí mismo toda vacilación. Se encara con el Divino Reo, que estaba allí delante sentado en el banquillo, y le pregunta, con solemnidad y entereza: «Te conjuro por el nombre de Dios vivo que nos digas si tú eres el Mesías, el Hijo de Dios bendito»... Jesús no vacila un instante, a pesar de que sabe que en ello le va la vida: «Tú lo has dicho», le responde. «Yo soy; empero yo te digo que a partir de esta hora veréis al hijo del hombre a la diestra del poder de Dios venir sobre las nubes del cielo». (Mt. XXVI; Mc. XIV.)

Estaba lanzada la gran afirmación.

El Sumo Sacerdote no pudo oírla: miró a los circunstantes con mal disimulado espanto, y recurriendo al gesto teatral de costumbre, desgarró sus vestiduras, diciendo: «Ha blasfemado. ¿Qué necesidad tenemos ya de testigos? Aca-

báis de oír la blasfemia, ¿qué os parece? Y todos contestaron: reo es de muerte.»

Es claro, pues, y manifiesto.

Cristo fué llamado por los demás y se dió a sí mismo el nombre de Hijo de Dios. Pero, ¿cómo ha de entenderse esta palabra? La denominación de «Hijo de Dios» no implica, necesariamente, la filiación natural divina; puede referirse también a la filiación adoptiva por prerrogativas o facultades especiales otorgadas por Dios. Así se llaman hijos de Dios los profetas y varones santos. ¿Cuál es, en consecuencia, el sentido de la filiación de Jesús respecto de Dios? Ninguna, ciertamente, de las apuntadas.

Es Hijo de Dios por filiación natural plena: es decir, verdadero hijo en el sentido ontológico de la palabra, poseedor de la misma naturaleza del Padre hasta poder llamarse una misma cosa con El, consustancial con El.

Oigamos la parábola de los viñadores.

«Erase un hombre padre de familia que plantó una viña y la cercó de vallado, y cavando hizo en ella un lagar y edificó una torre; arrendóla después a ciertos labradores y ausentóse a un país lejano. Venida ya la sazón de los frutos, envió a sus criados a los renteros para que los percibiera, mas éstos les acometieron, apalearon al uno, mataron al otro y al tercero le apedrearon. Por segunda vez envió a nuevos criados en mayor número que los primeros, y los colonos los trataron de la misma suerte. Por último les envió a su hijo, diciendo para consigo: a mi hijo, por lo menos, lo respetarán; pero los renteros se dijeron entre sí, al verle: este es el heredero, venid, matémosle y nos alzaremos con su herencia, y asiendo de él, le echaron fuera de la viña y le mataron.

Ahora bien, en volviendo el dueño de la viña, ¿qué hará a aquellos labradores? Hará, dijeron ellos, que gente tan malvada perezca miserablemente, y arrendará su viña a otros labradores que le paguen sus frutos a su tiempo. Entonces

Jesús añadió, tomando pie en sus mismas palabras y revolviéndolas contra ellos: Por lo cual yo os digo que os será quitado a vosotros el reino de Dios y dado a las gentes que rindan frutos de buenas obras». (Mt. XXI; Mc. XII; Lc. XX).

Todos los exégetas están de acuerdo y es, además, evidente que, como lo entendieron los mismos judíos, Cristo se refería a ellos en esta parábola; a ellos y a sí mismo.

El que está representado bajo la figura del hombre rico es Dios; la viña es Israel, y los siervos enviados a recoger los frutos, los profetas de la antigua ley. Estos fueron siempre mal recibidos y peor tratados por los judíos, sus compatriotas, hasta el punto de que pudo el protomártir San Esteban echarles en cara aquellas terribles palabras: «¿A qué profeta no persiguieron vuestros padres?»...

Al fin, envió a su hijo, a su propio hijo, a su hijo amado y heredero, pero ellos estaban haciendo lo mismo con él e iban a consumir su crimen con la muerte...

¿Qué había, pues, de hacer Dios con ellos?

Lo que hizo el dueño de la viña con sus criminales arrendadores: perderlos y entregar la Ley, el patrimonio espiritual de Israel, las promesas, a otros: esto es, a los gentiles que habían de hacer mejores obras. Los judíos quedaban así excluidos de las promesas: ya no serían más el pueblo de Dios. El gentilismo entraba a formar parte de la verdadera teocracia; había llegado el momento en que, como dijera el Salvador a la Samaritana, ya no se adoraría a Dios sólo en Jerusalén ni en Garizim, sino en el universo mundo...

Como se ve, Cristo se declara aquí paladinamente Hijo de Dios e Hijo de Dios en el sentido estricto de la palabra. El distingue entre los profetas, siervos de Dios y El mismo que es el Hijo, el Unigénito, el hijo por naturaleza y por derecho propio... Entre El y los antiguos profetas hay una esencial diferencia; los supera a todos aun a los más ilus-

tres en la máxima distancia que hay entre el hijo de familia y sus servidores. Aquéllos no eran más que siervos; El es el Hijo, el Hijo único y amado. Por esa razón supera inmensamente a todos: a Abraham, que «deseó ver su día»; a David, que le llamó Señor; a Elías y a Moisés, que aparecieron en la Transfiguración el uno a un lado y el otro al otro, teniendo en medio a Jesús, lleno de gloria y de majestad; a los ángeles, que tras la cuarentena del desierto, le prestan sus servicios, que son «suyos», «sus ángeles», a quienes enviará el día del Juicio y arrojarán del reino todos los escándalos...

ATRIBUTOS DE DIOS

Cristo se los da a sí mismo.

Era un día del tercer año de la vida pública. El Maestro se encontraba en el templo en medio de grande concurrencia. «Y todo el pueblo vino a El, dice el Evangelista, y El, sentado, le enseñaba».

Pronto habían de empezar, sin embargo, los incidentes y las luchas con los fariseos que habían de hacer de aquel día uno de los más fuertes y duros para el Gran Profeta de Nazaret.

Los enemigos hicieron su aparición bruscamente.

Traían casi a rastras a una mujer a quien habían sorprendido en adulterio: se la pusieron en medio y le dijeron: «Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en flagrante delito de adulterio. En la Ley, Moisés nos mandó apedrear a semejantes mujeres: Tú, pues, ¿qué dices? Esto decían, tentándole, para tener de qué acusarle. Mas Jesús, inclinándose hacia el suelo empezó a escribir con el dedo en la tierra. Ellos persistieron en sus preguntas... Al fin irguióse majestuosamente el Salvador en su presencia y les dijo: «El que de vosotros esté sin pecado, arrójele la primera piedra, e inclinándose de nuevo siguió escribiendo. Oyendo esto, se fueron retirando uno tras otro los fariseos, comenzando por los

más viejos. Quedó solo Jesús y la mujer de pie, en medio. Alzó entonces el Maestro la cabeza y la dijo: Mujer, ¿dónde están los que te acusaban? ¿Nadie te condena? Nadie, Señor, contestó ella. Pues yo tampoco te condeno. Anda y no vuelvas a pecar más». (Jn. VIII).

Después de este interesante episodio continuó el Salvador sus enseñanzas. Su lenguaje tomó un tono categórico, profundo y decisivo. «Yo soy la luz del mundo, dijo, y el que me sigue no anda en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida». Los judíos encontraron extrañas estas palabras, pero Jesús siguió, recalcando más sus expresiones: «Vosotros sois de acá abajo, yo soy de arriba; vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo», y luego: «En verdad, en verdad os digo que el que guardare mi palabra no verá la muerte para siempre»...

«Ahora conocemos que estás endemoniado, irrumpieron los fariseos: Abraham murió, y los profetas murieron también ¿y tú dices que el que guardare tus palabras no gustará la muerte para siempre? ¿Eres tú mayor que nuestro padre Abraham, el cual murió, y los profetas que murieron también? ¿Quién te haces a ti mismo?»...

«Abraham, vuestro padre, se gozó de ver mi día, repuso, insistiendo Jesús en sus misteriosas afirmaciones: le vió y se gozó»...

Dijéronle entonces los judíos:

¿Aun no tienes 50 años y has visto a Abraham? «En verdad, en verdad os digo que antes de que Abraham existiese ya existía yo. El Padre y yo somos una misma cosa»...

Tomaron piedras los judíos para apedrearle, pero Jesús se les impuso sereno: «Muchas obras buenas he hecho con vosotros, ¿por cuál de ellas me apedreáis?». Respondieron los judíos: No te apedreamos por las buenas obras sino por la blasfemia y porque tú, siendo hombre, te haces Dios...